



LAICOS CRISTIANOS del SIGLO XXI

Trinidad Ruiz Téllez

Jornada de Apostolado Seglar. Delegación Diocesana de Apostolado Seglar

Badajoz, 12 de marzo de 2005

1. Nuestro sitio está en el siglo

(claves para descubrir la vocación laical)

Cuando en la Iglesia se estableció la categoría de los clérigos, surgió por esa delimitación la categoría de los no clérigos y a ella se le cubrió con el término proveniente del griego *laos*, laico. En los diccionarios de uso corriente el vocablo laico lo encontramos definido como propio del que “no es clérigo o no ha recibido órdenes clericales”.

A lo largo de la Historia, cuanto más claramente se mostraba el clero como un estado propio, tanto más se destacaba el estado de los laicos como aquellos que no eran clérigos. Y en ese contexto está por ejemplo el origen de la palabra *lego*, que es la transformación al latín vulgar del *laicus* clásico, o la utilización de estos términos para referirse a *seglar* (*saecularis*, en latín).

Lo *seglar*, lo *secular* es lo que está relacionado con el *siglo*, el *saeculum*, o sea lo circunscrito por el tiempo, lo contrario a la eternidad, a la plenitud absoluta.

Por ello lo *secular* etimológicamente sería lo no eterno, lo limitado, lo mundano, lo del *mundo*.

En la tradición doctrinal cristiana, la palabra *mundo* se ha venido utilizando con varios significados. Una primera concepción de *mundo* estaría representada con una luz positiva, y tiene una fuerte componente de la tradición bíblica judía. Con el término *mundo* se indicaría el cosmos, bueno en sí mismo, porque lo ha creado Dios (cfr. Gn. 1). Desde ahí la creación tiene su dignidad original y no se debe huir del mundo porque es el lugar donde vive la humanidad y vivirá hasta el fin de los siglos.

Una segunda concepción de *mundo* se presenta con una luz predominantemente negativa. Con este término se indica la realidad humana marcada por la ausencia de Dios. La preponderancia de esta visión del mundo ha animado, a veces, a los cristianos a *huir del mundo*, en toda su realidad mundana o compromiso temporal, considerándolo como obstáculo grande en el camino hacia Dios.

A partir del Concilio Vaticano II, en los documentos del Magisterio de la Iglesia, se ha abierto camino una tercera concepción. El *mundo* es sencillamente la realidad **histórica** del hombre, el conjunto de estructuras, actividades, lugares y situaciones que los hombres se dan históricamente para organizar la propia vida. Y toda la realidad humana está marcada por la obra misteriosa de Dios, que quiere llevar al hombre, y con él todo lo creado, a la reconciliación y a la comunión (cfr. GS. 2). Según esta visión, como decía Pablo VI, la Iglesia tiene una auténtica *dimensión secular*, cuyas raíces están en el misterio de la Encarnación (vd. CL. 15).

El Concilio Vaticano II es el primero en la historia de la Iglesia que ha hecho del laicado como tal, objeto de su reflexión. El Concilio presentó a la Iglesia como Pueblo de Dios antes de hablar de la jerarquía, para mostrar que la jerarquía es un servicio, ciertamente establecido por Cristo y necesario en la Iglesia, pero que sólo tiene sentido dentro del Pueblo de Dios en su conjunto.

Desde la Constitución LG, la Iglesia nos enseña que antes que ser Obispo o Papa, está ser cristiano y pertenecer por el bautismo al Cuerpo Místico de Cristo, y que en su seno los laicos tenemos como vocación propia el *"buscar el Reino de Dios, ocupándonos de las realidades temporales y ordenándolas según Dios"* (LG. 31):

No se trata entonces de abandonar el mundo, porque en el mundo es donde estamos llamados a transformarnos cada vez más en colaboradores de Dios. Por consiguiente, los laicos, (a diferencia de los presbíteros y de los religiosos), por vocación eclesial, hemos de vivir nuestra existencia cristiana a través de todo género de compromisos temporales.

El *siglo* es nuestro lugar teológico, el ámbito propio de nuestra vocación.

En el *siglo* y a través del *siglo* estamos llamados a contribuir a la santificación del mundo (cfr. LG. 31 y CL. 15).

2. Dejar que Dios te organice la vida

(discernimiento y espiritualidad laical)

La espiritualidad laical es sencillamente la espiritualidad cristiana, o sea la espiritualidad de todo los bautizados, sin mayores rasgos de especificidad. Son los sacerdotes y religiosos, los que tienen una espiritualidad construída sobre claves propias, que se deben a su ministerio o a su consagración.. Si entendemos por espiritualidad: *"vivir según el Espíritu"*, o sea organizar la vida no desde uno mismo sino desde la Voluntad del Padre, seguramente estaremos de acuerdo en que se trata de maneras de situarse, que han de partir siempre de una experiencia personal de Encuentro con Dios.

Esta experiencia de Encuentro, para la mayoría de los mortales, no viene como un acontecimiento místico de alta intensidad, sino que es algo mucho más ordinario y para lo cual hay que afinar la vista y el oído de la Fe.

Dios a menudo se nos manifiesta en penumbra, en el seno de la vida corriente, del trabajo, de la familia, de los amigos, de la política, de la ciudad o del barrio con signos que sólo vemos si ponemos esas cosas a la luz del Evangelio; si hacemos una lectura creyente de la realidad; si discernimos.

Pero para eso quizá muchos de nosotros, tengamos que fomentar más el orar desde la vida. La oración desde la vida hace que Dios sea para nosotros «real», no un ser intermedio entre la realidad y la imaginación. La oración desde la vida hace que el seguimiento sea una experiencia inexplicable de libertad.

Este proceso de relación, que Dios continuamente está iniciando con nosotros, supone terminar mirando la vida y la realidad con la mirada de Dios, que es una mirada con entrañas de misericordia.

Eso a veces trae consigo posponer nuestros proyectos personales y aspiraciones, lo cual puede provocarnos resistencias, pero no arrebatada la alegría cristiana, que es una alegría independiente del éxito y por eso incomparable con ninguna otra.

Pero para descubrir estas claves, caminar en esta dirección y entender y vivir todo esto, necesitamos de la comunidad, de los testimonios de vida provenientes de sus miembros, del acompañamiento y guía de sus pastores, de la reflexión y las experiencias de otros lugares y del sentimiento de pertenencia esa familia extendida por todo el mundo que es la Iglesia. A través de los siglos, los creyentes hemos intentado plasmar de muchas maneras diferentes el ideal de las primeras comunidades cristianas presentado en el Nuevo Testamento. Hoy nos toca enraizar las comunidades cristianas en un mundo diferente y situarnos nosotros mismos como cristianos también de un modo diferente en el mundo.

En una reciente Carta Pastoral (2005) los Obispos Vascos nos animan a hacerlo *explorando los signos de la Presencia del Espíritu desde las pequeñas realidades y desde la cercanía y solidaridad con los últimos; sin añoranzas; con*

realismo y esperanza, buscando fuerza en la oración; anticipándonos a las situaciones y necesidades previsibles, superando el individualismo y dialogando.

3. Esta es nuestra misión

Los laicos –dice el Concilio Vaticano II, están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos (LG 33). El campo propio de su acción evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, etc (cf. EN 70). Es urgente y necesario acentuar esta dimensión. Sin olvidar que la corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil. (CLIM 27).

Como dice Lourdes Zambrana, hacen falta “Nuevas Militancias para tiempos Nuevos”. Y en esa línea voy a atreverme a realizar algunas sugerencias, algunas propuestas, que como ella misma dice serían propuestas de vida, de esa vida plena y humana a la que humilde y esperanzadamente aspiramos: una invitación a caminar, a experimentar, y a reflexionar: una invitación a VIVIR, porque la vida es al fin y al cabo lo que cuenta.... (la vida que vivimos, la que compartimos, la que multiplicamos...).

Y como la vida, estas propuestas no se agotan aquí, ni vamos a de pretender haberlo dicho todo: es mucho más lo que nos queda por conocer, por aprender y por inventar, en esto de la militancia cristiana. Una militancia donde no pueden faltar nunca el buen humor, la ternura, la esperanza y el amor fiel y profundo.

La dimensión sociopolítica de la Fe

En la Grecia Clásica, la política fue definida como el ejercicio democrático, la organización o el gobierno de la ciudad (polis) en pie de igualdad y responsabilidad de todos los ciudadanos. A partir de esa referencia,

la política se ha identificado con el ámbito de lo público, es decir, el espacio de lo que afecta e interesa a todos, participable por todos y accesible a todos: un ámbito de vida y comportamientos comunes, con dimensiones normativas que comportan un aspecto coercitivo.

No todo el mundo entiende la política de la misma manera. Ni todo el mundo está de acuerdo a la hora de la verdad, en que la política deba estar sometida a las referencias éticas. En este sentido, es ya un lugar común la diferencia que Max Weber estableció entre la ética de las convicciones y la ética de la responsabilidad. Aunque esta distinción tiene su parte de verdad, si se absolutiza es fácil llegar a una disociación entre los fines y los medios, y la política acaba siendo el arte de lo posible, corriendo el grave riesgo de verse privada de todo referente utópico. Así puede darse lugar a una actitud pragmática, consistente en alcanzar y mantener el poder, instalándose en el mismo y prescindiendo de la autocrítica.

Pero la razón de ser de la sociedad, de las estructuras y de los poderes públicos es el *bien común*: eso es lo que da sentido y justifica a la comunidad política. Y hoy más que nunca, es necesario ahondar en nuestra conciencia respecto al compromiso moral que tenemos para contribuir a la realización de ese bien común.

En esa perspectiva, el cristiano no se diferencia del ciudadano. No es distinto de los demás miembros de la sociedad. No tiene ninguna ventaja material. Lo que sí tiene son criterios para evaluar y discernir dentro de los diferentes caminos humanos aquellos que son coherentes con la fe.

Fe que es ante todo, don de Dios y que nos sirve de motor, de inspiración, de interrogante; que nos inquieta, nos llama y nos espolea “ *Sal de tu casa, de tu parentela, de tus costumbres, de tus valores culturales*” y conviértete en agente transformador del Reino de Dios en tu pueblo, en tu trabajo, en tu contexto, en tu barrio.

La política es la herramienta mediante la cual tenemos que construir ese Reino de Dios. No hay Fe sin política, porque no hay fe sin compromiso transformador a favor del Reino. El compromiso político cristiano es el compromiso por el que hay que luchar contra el pecado, no sólo desde la perspectiva de los pecados puntuales, sino también desde la perspectiva de la transformación de las estructuras que son causa de muerte y alienación para la persona en la sociedad.

La Fe no nos obliga a asumir una determinada mediación política. La Fe puede iluminar y animar al compromiso, pero no suple las mediaciones humanas: éstas son autónomas. La Fe cristiana no conlleva la necesidad de unas organizaciones sociopolíticas específicas para los cristianos; el compromiso de los cristianos habrá de desarrollarse en las distintas Asociaciones, Organizaciones, Sindicatos y Partidos que existan en su lugar de residencia o trabajo, y en su ámbito de relaciones sociales.

Se trata por tanto de estar allí donde se toman las decisiones que conciernen a la economía, la industria, las infraestructuras, las leyes, la educación, la sanidad, etc; de superar el prejuicio de que el poder es algo absolutamente perverso en sí mismo, que fácilmente lleva a la corrupción al que lo ejerce; de soslayar el recelo a la política ¿Qué hay poca ética entre los políticos?. Primera petición: no generalicemos. Segunda reflexión: Jesús no nos ha enviado a reductos incontaminados, sino al corazón del mundo.

Y por eso *La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan el peso de las correspondientes responsabilidades* (GS 75 a).

Fe, Consumo, Economía y Negocios

“*Consumo... luego existo*”, se titula un artículo que me gusta leer y releer de vez en cuando, de Adela Cortina, la Catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, y de Ignasi Carreras, el director de Intermom-Oxfam.

Ella dice allí, que una sociedad consumista es aquella cuya dinámica central está constituida por los bienes de consumo superfluos; y en la que, además, la gente cifra su éxito y su felicidad en ese consumo. Esto es lo que ocurre en nuestras sociedades, en las que las gentes están convencidas de que tener éxito es poder lucir coches, vestidos .. y que esto además es lo que da la felicidad. En ese consumo “vivimos, nos movemos y somos, existimos”. Nos parece que es lo natural y que lo artificial es cambiar ese estilo. Lo natural es que uno sale y se toma un refresco y entonces uno se compra esto, y se compra lo otro... ¡es lo natural!. Hasta el punto de que en último término, en nuestra sociedad el consumo legitima tanto la política como la economía.

Los bienes de consumo son necesarios y tienen muchas ventajas, pero estas ventajas tienen que ser universalizables. *Los bienes de la creación están destinados a todos*, dice SRS (39 c). *Y lo que la industria humana produce con la elaboración de las materias primas y con la aportación del trabajo, deber servir igualmente al bien de todos.*

En ámbitos científicos relacionados con el medio ambiente y el desarrollo sostenible, hoy día no es ninguna novedad afirmar que el estilo de vida occidental, no puede extrapolarse al resto de mundo, sencillamente porque no hay recursos suficientes en el Planeta, para que todos los hombres y mujeres vivan con los hábitos de consumo que tenemos en el Primer Mundo.

Tenemos que rebajar los niveles de consumo y crear clases medias universalizables. Ni la clase alta que somos la minoría que hemos tenido la suerte de nacer en países desarrollados, ni la clase miserable que constituye la mayoría del género humano.

Se trataría sobre todo de hacernos protagonistas de nuestro consumo. De hacer un consumo cotidiano que en primer lugar fuese responsable consciente, sabedor de los motivos, no esclavizante, liberador. En segundo lugar, aunque no en importancia, el consumo tiene que ser justo. Y en este sentido, las iniciativas del Comercio Justo, son un escaparate donde podemos

ver un rostro bellísimo de la Iglesia actual, dándose la mano con las entrañas del mundo.

El Comercio Justo es una herramienta de cooperación para colaborar a la erradicación de la pobreza en los países en desarrollo y ayudar a las poblaciones empobrecidas a salir de su dependencia y explotación. El sistema actual de comercio internacional acentúa las diferencias entre los países ricos y los países pobres, y aumenta el número de personas condenadas a vivir en la pobreza. Esta situación puede cambiarse a través del comercio justo, que tiene como objetivo el desarrollo sostenible de los productores desaventajados y excluidos del mercado. Las organizaciones de Comercio Justo se constituyen en un sistema comercial alternativo que ofrece a los productores acceso directo a los mercados del Norte y unas condiciones laborales y comerciales justas e igualitarias. Este tipo de comercio ofrece a los trabajadores una remuneración justa por su trabajo, sin discriminación para hombres o mujeres, y excluye la utilización de mano de obra infantil.

Muchas de estas acciones están relacionadas con los llamados Fondos Éticos de Inversión, que son una iniciativa todavía poco conocida entre los cristianos militantes, y que sin embargo puede ser una mediación muy interesante para el ejercicio de nuestro compromiso cristiano en el ámbito de la comunión de bienes, y complementaria a las acciones concretas que llevemos a cabo en cada movimiento o asociación en ese terreno.

El tema de la Economía es un tema muy interesante para tratar en nuestras asociaciones laicales, por muchos motivos. En primer lugar porque somos los laicos, en su conjunto, quienes ganamos la mayoría del dinero de la Iglesia (que es el dinero de todos nosotros, sus miembros, aparte de lo pueda suponer la contabilidad de la Institución como tal). En número, somos muchos más laicos que clero, y no creo que haga falta aludir a ningún informe técnico para admitir que en conjunto, somos nosotros (y no el clero, ni tampoco la institución), quienes gastamos aquello que ganamos. Porque nosotros estamos en el mundo, y no nos cabe otra. Es nuestra vida cotidiana.

Se trata sin embargo de una faceta sobre la que a nivel eclesial somos muy pudorosos. Aplicamos muy a rajatabla el que no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda. E incluso a nivel de militantes, y de vida apostólica, no hablamos del dinero entre nosotros con fluidez y naturalidad. No me refiero en esto a la Tesorería del Movimiento, o a la contabilidad de la Parroquia, sino a la nómina de cada uno, o a las cuentas del negocio.

Y no sé bien cual puede ser la causa, tendríamos que analizarlo. Porque lo que sí es cierto es que, las consecuencias mas visibles de esto de cara a nuestra situación actual de minoría en la sociedad, es que si no hablamos de ello en nuestros espacios más cálidos de vida cristiana, corremos el riesgo de no ir formando un criterio propio, cristiano y evangélico sobre el dinero, y en cuanto nos descuidemos estamos funcionando con los criterios *de la tele*, o sea los de la gente, los de todo el mundo, los de la mayoría: los de la economía neoliberal capitalista, o sea los que la Doctrina Social de la Iglesia viene criticando desde hace décadas, porque se oponen al mensaje de Jesús de Nazareth.

Y se oponen, porque cuando estamos diciendo dinero, estamos diciendo vida de las personas. Porque el dinero no es importante, para uno que no esté viviendo el drama del paro, o para alguien que no esté sufriendo la precariedad laboral: que hoy lo contratan, mañana lo echan para que no coja derechos, pasado mañana lo vuelven a contratar.....

Además, como han manifestado nuestros obispos con motivo del X Aniversario de la Pastoral Obrera en España, *el hecho que nos parece más trascendental, es que hoy, la solución de los problemas del mundo del trabajo, la solución de los problemas de muchos empobrecidos y excluidos no pasa sólo por el crecimiento económico y la creación de empleo, ello es necesario e imprescindible, pero no suficiente. Al mismo tiempo debemos prestar una atención especial para que el modelo de producción permita vivir y cultivar la vida personal, familiar, cultural, social y religiosa que son imprescindibles para que el hombre pueda desarrollarse como hijo de Dios y la sociedad pueda construirse sobre los cimientos de la justicia y la libertad.*

Fé y Ocio

((♫¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti?¿De dónde es?¿A qué dedica el tiempo libre?♫..... decía aquella vieja canción de .Jose Luis Perales))

Un aspecto muy actual de nuestro vivir cotidiano, y que parece ser que nos define bastante es *a qué dedica el tiempo libre. El ocio*. Como cualquier dimensión de nuestra vida cristiana, habrá de ser visto a la luz de la Fé.

En nuestro ámbito cultural de la Extremadura rural, no existía ocio consumista sino lo que podríamos llamar el descanso festivo, que además estaba ligado a las celebraciones religiosas populares. La evolución de nuestra sociedad fue conformando modos nuevos, y la llegada de la televisión, de alguna manera produjo un cierto reduccionismo de actividades como paseo o tertulias , y a la vez un impacto importante en la configuración de las mentalidades. En lo relativo al ocio algunos sociólogos dicen que el consumo intensivo de televisión quizá pueda utilizarse en el futuro como un indicador de pobreza, porque hoy a medida que la gente tiene más dinero, hace cosas más distintas con su tiempo libre.

En las clases medias, realizarse en el tiempo libre es la alternativa para muchísima gente cuyo trabajo no es gratificante, y los grandes temas que preocupan a la gente, después de la supervivencia económica, son el amor, la salud, la familia y cosas como entretenerse, o viajar.

Y nosotros ¿con qué nos entretenemos? ¿a qué dedicamos nuestro tiempo, las horas de un día?. Sería bueno preguntarnos esto frente al espejo de la Palabra de Dios.

En la tradición bíblica, Yavhé, se presenta como un Dios que, en ritmos diversos, "trabaja" y "descansa". Esta percepción resultaba muy extraña respecto a las de los pueblos vecinos al pueblo de Israel, donde se compartía

la idea de panteones de dioses en los que algunos dioses estaban dedicados al trabajo y otros específicamente al descanso. La particular visión israelita, lleva a una consecuencia ligada a un deber de trabajo para todos, sin distinción entre esclavos y libres. El fundamento de éste deber se deriva de la convicción teológica de que los hombres han sido creados a imagen y semejanza de Dios. En las tradiciones de la redacción del Pentateuco, está presente la idea de una cierta *analogia laboris*, según la cual el hombre, en el proceso laboral común, imita la actividad creadora y transformadora de Yavhé.

El carácter de novedad del descanso del séptimo día en el AT no está ligado sólo a los escritos épicos de la creación sino también a las tradiciones de la experiencia de Israel en la cautividad egipcia y en el período del éxodo. En el desierto el maná no cae en sábado (cf Éx 16,25) justamente porque Yaveh ha dado a los hombres seis días para recogerlo, reservando el séptimo para sí. El descanso no se define, pues, sólo negativamente, como cesación de las actividades normales, sino como el día en que se manifiesta la grandeza y majestad de Dios. El hombre creyente, al respetar ese ritmo, se conforma al ritmo creador y redentor de Yaveh y tiene acceso al gozo de Dios.

En lo que atañe a los tiempos más recientes, no se puede afirmar que la problemática del tiempo libre haya provocado una profunda reflexión teológica, pero hay aportaciones muy interesantes de autores como K. Rahner (*Advertencias teológicas en torno al problema del tiempo libre*, en *Escritos de teología IV*, Taurus, Madrid 1961) o J. Moltmann (*Sobre la libertad, la alegría y el juego*, Ed. Sígueme, 1972) que pueden ayudarnos a discernir sobre desde qué planteamientos hay que planear el tiempo libre para vivirlo en hondura y plenitud (= en cristiano).

Fe, Ciencia y Cultura

Pablo VI escribió, en *Evangelii Nuntiandi*, que *la ruptura entre la fe y la cultura constituía el drama de nuestra época*. Mientras que durante siglos decir cultura era prácticamente sinónimo de Iglesia, hoy día en la Iglesia tenemos la sensación de haber perdido el contacto con las personas e instituciones

creadoras de cultura, tenemos bastante desconfianza frente a la cultura predominante, sospechosa de ocupar el puesto de la Fe, y eso conlleva a menudo dentro de nuestros espacios eclesiales a una especie de repliegue en guetos nostálgicos.

Existe una insensibilidad ante la importancia del campo cultural para la nueva evangelización, y la pastoral de la cultura es a menudo considerada como un lujo frente a lo que se consideran problemas más urgentes. Y sin embargo no existe otro debate de mayor calado para la Iglesia en este cambio de siglo. Porque de ella no se discute su aportación humanitaria, ni la utilidad social de muchas de sus actuaciones. De la Iglesia, la cultura de hoy lo que sí discute es su pretensión de dirigirse a la razón del hombre, de ponerse en juego en el ámbito de lo que el hombre puede reconocer como “la Verdad”.

Sin embargo la Iglesia no puede renunciar al Anuncio. Un anuncio en diálogo, como dice Camino Cañon.

Dialogar supone estar permanentemente a la escucha de las necesidades que el desarrollo de la vida y de la dignidad humana requieren. Supone mostrar con la vida que la ciencia que hacemos hermana bien con aquello que genera esperanza y abre vías de solidaridad, haciendo así asequible y amable el mensaje de Jesús y su oferta de vida. Vida abundante para todos: para quienes nacieron en el hemisferio norte y para quienes vieron la luz en el sur, para quienes viven su condición de género con más o menos aceptación de su entorno, para quienes vivimos el presente y para los habitantes futuros del planeta.

Dialogar supone estar permanentemente a la escucha de las necesidades que el desarrollo de la vida y de la dignidad humana requieren

Fé en la Familia

A pesar de todos los pronósticos desfavorables, hoy en día la familia sigue siendo apreciada, porque satisface necesidades tan elementales en el

hombre como el anhelo de sentirse protegido y de tener confianza. Su existencia no puede ser puesta en duda porque está íntimamente ligada a la felicidad humana.

Es verdad que actualmente se dan circunstancias que generan problemas que no se presentaban antes. Pero esto no quiere decir que antes no hubiera otras dificultades. Pensemos por ejemplo en el matrimonio, fundamento básico de la familia. En siglos pasados, eran los padres quienes elegían a quienes habían de casarse con sus hijos, y lo hacían según aspectos objetivos: la clase social, la situación económica, la religión, etc. La comunidad matrimonial era considerada como una gran empresa. Varones y mujeres, solían trabajar juntos en la granja, en el taller, en la tienda. Y educaban juntos a los niños, que crecían bajo los cuidados de muchos parientes. A partir de la industrialización, se produjo un profundo cambio en la vida familiar. El hombre se fue retirando de las obligaciones familiares a favor de actividades lucrativas fuera de casa, donde la mujer quedó más sola con los hijos. Poco a poco también ella se fue integrando a la vida profesional, ganando dinero y haciéndose cada vez más autónoma, y resultando de ahí nuevas situaciones para el marido, los hijos y los ancianos dependientes.

El matrimonio no es anacrónico, siempre que no se viva de un modo que podemos llamar "burgués", con estrechez de miras, con mentira y falsedad, mirando más bien al aspecto externo que al amor verdadero entre las personas que lo componen, o exagerando la importancia de la dimensión jurídica, o pretendiendo unas exigencias morales diferentes para el hombre que para la mujer

Hoy en día existen muchas parejas que viven su matrimonio de una manera atractiva; que ponen de manifiesto que la fidelidad es posible, y que es garantía de felicidad para ellos mismos y para toda la familia, en la juventud, en la madurez y en la ancianidad.

En un matrimonio sano existe una relación activa, interés del uno por el otro, participación. Porque es una relación entre dos personas que no consiste

en exigir y mandar, sino, ante todo ayudar y en potenciar el uno al otro. Consiste en alegrarse de todo corazón con el otro, y también en poder sobrellevar juntos los momentos difíciles y aceptar al otro tal como es.

El matrimonio se cristiano se vive como una comunión corporal, psíquica y espiritual del ser humano y, en todos los planos significa, para los cónyuges, una unión entrañable. El otro es aceptado en la totalidad de su persona, esto es, también en su fertilidad y en su posible paternidad o maternidad. En el amor matrimonial se encuentran integrados tanto el deseo de tener hijos como la búsqueda de la unión sexual.

Hay que ver lo que se entiende por amor matrimonial. Un matrimonio en el que el marido y la mujer vivan pendientes sólo el uno del otro, y en sus vidas no haya lugar para nadie más, acabará por amargarse. Un matrimonio verdaderamente feliz descubre continuamente nuevos horizontes; está abierto siempre a otras personas.

Por eso el matrimonio es para nosotros, desde la óptica de nuestra Fe, un sacramento de la Iglesia de Jesucristo, o sea un signo vivo de la presencia de Dios en el mundo: porque en las facetas más definidoras suyas (la entrega, la generosidad, el cariño, la fidelidad, la fecundidad, la amistad, la alegría o el amor)... es fácil encontrar a Dios. Así lo expresa el Cantar de los Cantares:

*Ponme como un sello sobre tu corazón,
como una marca sobre tu brazo;
Porque fuerte es como la muerte el amor;
Duros como el Seol los celos;
Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama.
Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
Ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor,
De cierto lo menospreciarían.
(Cantar de los Cantares 8: 6-7)*

Fé con educación

Educar significa introducir a una persona en la realidad, ofrecerle una hipótesis para interpretarla y ponerla en contacto con las demás personas. La educación es un instrumento de socialización. Aquí en Europa, durante siglos,

han sido la familia y la escuela quienes han ejercido el papel de agentes de socialización, en ambos casos con una influencia directa de la Iglesia institucional, que ha sido durante largos tramos de la Historia, la única depositaria de la cultura, lo que terminó sin querer, anclándola en un papel de religión de autoridad, en un mundo que poco a poco iba saliendo de una sociedad estamental e inmóvil.

A mi juicio muchas problemáticas actuales de la iglesia, la familia y la escuela, respecto al mundo de los niños y de los jóvenes, están relacionadas con la pérdida del protagonismo de estas instituciones como agentes de socialización.

En el mundo actual los medios de comunicación han alcanzado una difusión sin precedentes. Para los niños, se ha dicho que al cabo del año están más tiempo frente al televisor que frente al maestro en el aula. Tal situación tiene un claro efecto socializador, planteándose que una buena parte de la construcción social de la realidad está determinada por unos medios que dan una imagen del mundo, elaboran un mapa de la realidad, que resulta de capital importancia en la conducta social. Se enfatiza que el usuario decide usarlos o no, selecciona cual medio, qué programa ver, etc. Pero a su vez, estos medios influyen en la formación del comportamiento social, más de los que la mayoría nos imaginamos y es frecuente que los padres y educadores que nos preocupamos por el impacto que tales agentes causan en niños y jóvenes, no caigamos en la cuenta de que nosotros mismos seguimos los ejemplos y las sugerencias, y recogemos las opiniones y las actitudes que nos presentan esos medios.

En la Iglesia, algunos Movimientos y Asociaciones, hemos trabajado lo que se llama la *pedagogía de la acción*, que una educación desde la vida y para la vida, donde la acción no sólo se ejerce como consecuencia del proceso educativo, sino que se utiliza en dicho proceso como herramienta pedagógica. A través de ella, se forman niños y jóvenes realistas, con capacidad crítica, solidarias, transformadas y transformadoras.

Para nosotros el fundamento teológico de esta opción es que el Dios de la tradición cristiana (de Abraham, Moisés, los profetas) es un Dios presente en la historia y que habla desde la vida, llamando continuamente a ponerse en camino,(Gen 4, 9; Ex 3, 1-15; Mt 25, 31-40). El anuncio del Reino no es sólo una proclamación verbal teórica; sino ante todo una realización de signos que cambian situaciones. Vemos que Jesús no convoca a sus discípulos en primer lugar a aprender una doctrina, sino a seguir sus pasos en una forma nueva de vivir (Jn 1, 39).

Este modo de trabajar, como dice Carlos Barberá (2005), *da valor a las cosas pequeñas, sin mostrar preocupación por la modestia de los comienzos, siempre es muy cauteloso ante las señales espectaculares, y enseña a tener confianza: lo que se siembra siempre acaba creciendo.*

Los últimos son los primeros

A lo largo de toda la historia bíblica, Dios se ha ido revelando como Alguien que está siempre a favor de los que sufren, los maltratados, los pobres. El libro de Judit lo resume así *Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados* (Jdt, 9, 12).

Por eso, cuando Jesús anuncia la llegada de un Dios que quiere reinar entre los hombres, se dirige a los pobres como los primeros que han de escuchar este anuncio como una buena noticia *El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para que dé una Buena Noticia a los pobres..* (Luc, 4,18).

Según Jesús, el Reino de Dios es bueno para los hombres y mujeres que viven en necesidad. Pero ¿eso por qué? ¿es que los pobres son mejores para merecer el Reino?. Dice Jose Antonio Pagola, que el carácter privilegiado de los pobres, no se debe a sus méritos, porque la pobreza en sí misma, no hace mejor a nadie. La única razón es sencillamente que están abandonados, y

Dios Padre, no puede reinar en la humanidad sino haciendo justicia precisamente a estos hombres y mujeres a los que nadie hace.

Los pobres son hombres y mujeres necesitados de amor y de justicia. Por eso es bueno para ellos que se imponga en la sociedad el Reino de Dios. Si de verdad reina Dios entre los hombres, en esa misma medida ya los poderosos no reinarán sobre los débiles, los ricos no explotarán a los pobres, los varones no abusarán de las mujeres, el Primer Mundo no oprimirá a los pueblos pobres de la Tierra: ni reinarán el dinero, el lucro o el propio bienestar y consumo, como Señores Absolutos. Allí donde los pobres no noten nada bueno, donde no perciban ninguna buena noticia para ellos, está ausente el Reino de Dios. Pero allá donde se esté trabajando en la línea del Reino de Dios y su justicia, siempre habrá buenas noticias para los pobres.

Si nuestra vida y nuestra militancia cristiana es percibida como algo bueno por los necesitados, los abandonados y los que sufren, podremos cantar con ellos y con la Virgen María *Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador.*

Bibliografía

- AAVV.** 1991. Doctrina Social de la Iglesia y lucha por la justicia. HOAC
- Barberá, C.F.** 2005. Soy lo que hago. PPC
- Berzosa, R.** 1998. Evangelizar en una nueva cultura. Respuestas a los retos de hoy. San Pablo.
- Garrido, J.** 2000. El conflicto con Dios hoy. Sal Terrae
- Gutiérrez, G.** 1998. Beber en su propio pozo. Sígueme.
- Gutierrez, G.** 2003. La densidad del presente. Sígueme
- Mardones, J.M.** 2004. La indiferencia religiosa en España. HOAC.
- Parrilla, J.M & Estrada, J.** 1994. ¿Fe en la política?. Encuentro de Militantes de Enseñanzas Medias. Granada. JEC.
- Pagola, J.A.** 1988. El compromiso cristiano por los pobres. Idatz.
- Saez, J. (ed.).** 1994. Escuela de Formación Sociopolítica y Fe Cristiana. HOAC.
- Torres Queiruga, A.** 2000. Fin del Cristianismo Premoderno. Sal Terrae.
- Vitoria, J.** 1995. La Presencia pública de los cristianos en la Sociedad. Cuadernos de Noticias Oberas, 22.

Recursos web

<http://www.archimeridabadajoz.org/documentos/10%20L%C3%ADneas%20de%20PJ.html>

<http://www.bizkeliza.org/documentos/15/23/840/ca/2005.doc>

<http://www.conferenciaepiscopal.es/>

<http://www.conferenciaepiscopal.es/ceas/p-obrera/aniversario/manifiesto.htm>

<http://www.conoze.com/doc.php?doc=1371>

<http://www.conoze.com/doc.php?doc=2167>

<http://www.fespinal.com/espinal/castellano/visua/es110.htm>

<http://www.fespinal.com/espinal/castellano/visua/es123.htm>

<http://www.fondoetico.com/>

http://www.mercaba.org/DicTM/TM_tiempo_libre.htm

http://www.mercaba.org/FICHAS/Familia/la_familia_tarea_para.htm

<http://www.mercaba.org/OBISPOS/obis-33.htm>

<http://www.zenit.org/spanish/visualizza.phtml?sid=37963>